

Una Oferta Rechazada

por Tancredo PINOCHET

Tiempo de lectura: 3 m. 50 s.

RECIBO hoy una larga carta de Chile, mi patria, de la cual copio los párrafos que sintetizan su propósito.

"Te escribo pensando en que es mi obligación hacerlo, por cuanto tengo la íntima convicción de que lo que debo decirte puede ser de importancia transcendental tanto para ti como para nuestro país.

"Tú sabes que el diario "La Nación", que fundara el Senador Heliodoro Yáñez junto con otros tres magnates de nuestra política, pasó, al poco tiempo, a ser de Yáñez solamente. Pues bien, a poco de entrar el país a ser gobernado por Ibáñez, este diario fué adquirido por el Estado (el Estado era Ibáñez) con dineros fiscales. Se construyó un enorme edificio de diez pisos y se le dotó de maquinarias excelentes. Caído el gobierno de Ibáñez, el diario fué clausurado por el gobierno civil que vino a reemplazarlo. Desde entonces, julio del presente año, ese diario está cerrado, y todo su personal cesante, más de quinientos empleados.

"Un proyecto presentado a las Cámaras para darles la explotación de ese diario a los ex-empleados fué vetado por el Ejecutivo, y éste hasta ahora no paga las indemnizaciones a sus ex-empleados ni toma resolución alguna al respecto.

"El panorama para mí se presenta de este modo: hay en Santiago un gran diario sin Director y hay en la Habana un gran Director sin diario."

Sigue la carta explicando cómo podría yo adquirir la propiedad de ese diario, obteniendo fácilmente el capital que se necesite y contando de antemano con la ilimitada simpatía del público chileno. Todo depende de que yo diga "sí" y lo demás se haría allá. El gobierno daría las facilidades necesarias para que el pago se fuera haciendo en forma gradual.

He preferido contestar esta carta públicamente.

Ese diario "La Nación", que está ahora acéfalo y sin alma, fué propiedad del Senador Yáñez. El mismo desde Europa ha declarado públicamente que no lo vendió de buen grado, sino forzado por la dictadura de Ibáñez. El diario le fué arrebatado como la zona del canal a Colombia. Si el gobierno actual quiere corregir los atropellos de la dictadura anterior, debe devolvérselo al dueño a quien se lo quitó.

Aún en el supuesto de que Yáñez no quisiera hacerse cargo del diario ahora y sólo pidiera una mayor indemnización, yo tampoco lo aceptaría siendo el gobierno mi principal acreedor.

Tú sabes cómo actué yo al frente del diario que fundé y dirigí por años en Chile. No hubo fuerza que me hiciera callar cuando yo estimaba que el interés público me obligaba a hablar. El jefe de la policía secreta de Santiago, organizador y protector del crimen capitalino durante veinte años, tuvo que ir a la cárcel empujado por mi pluma. Y varios otros altos magnates. Denuncié en varias ocasiones al Presidente de la República.

De hacerme cargo ahora de un diario de Chile, sería yo el mismo de ayer. Mis vértebras físicas pueden estar dobladas por la edad; pero mis vértebras morales están tan erguidas como siempre.

Durante el tiempo de la dictadura de Ibáñez, desde lejos sufría yo el oprobio chileno. No podía concebir que Chile tolerara la supresión de la libertad de imprenta. Todo puede tolerarse, menos la supresión del pensamiento en alta voz. ¿Me iría a tolerar esta libertad de pensamiento el gobierno siendo yo su deudor por valor de once millones? Si un gobierno pudo quitarle un diario a su dueño porque no le agradaba la forma en que lo estaba dirigiendo —y el público toleró esto— ¿no po-

drá otro gobierno, acerca del cual probablemente el diario habría de decir verdades que le dolieran, quitarle ese diario a un dueño que le debiera millones a ese mismo gobierno? ¿Y no toleraría eso el público otra vez?

Ese diario, en las condiciones en que se ofrece, sólo puede tomarlo y dirigirlo un hombre que de antemano esté dispuesto a claudicar. Aun en el supuesto de que el gobierno actual y los que le sigan—acreedores del diario— sean mercedores sólo de alabanzas de parte de éste, no podría el diario profesar esas alabanzas sin aparecer como el lacayo que sirve a su amo.

Lo que pudiera haber en esa empresa de utilidad, de dinero para mí, no me halaga. Nunca fué el dinero en sí norte de mi vida. Lo que pudiera haber de peligro para mí, como lo hubo cuando dirigí mi diario en Chile, donde se hicieron varios atentados contra mi vida, no me arredra. Lo que me hace rechazar de lleno la idea de ocuparme siquiera de esta proposición, es la absoluta imposibilidad de poder hacer un diario independiente, de un diario que le debe millones al Estado. Es más grande para mí una hoja pequeña, tirada en una prensa de pedal, que un diario con cinco rotativas hospedadas en un palacio de diez pisos, si aquella hoja es independiente y este diario es lacayo del Estado.

Quiero dejar plenamente establecido que cuando pienso en las obligaciones y en la responsabilidad del director de un diario en una democracia, no estoy pensando en sus editoriales. No estoy pensando en las opiniones personales del director; ni creo que éste pueda legítimamente arrogarse el privilegio de proclamarse conductor de la opinión pública. Estoy pensando en la obligación y el valor moral de dar al país todas las infor-

maciones, todas las noticias de interés público, cualesquiera que sean los intereses privados que lastimen. El ex-Presidente Ibáñez me dió a entender que le agradaría tener mi colaboración en el gobierno. Yo le hice decir que más podría colaborar con él mientras no restableciera la libertad de prensa en Chile. Y él sostuvo que eso era imposible. Estaba equivocado. Lo imposible era seguir suprimiendo la libertad de prensa.

Entiendo que el nuevo gobierno de Chile tiene, a este respecto el amplio espíritu de los gobiernos anteriores a la dictadura. Pero sería insensato que me hiciera ilusión desmesurada de que a mí me iba a tolerar ningún gobierno como director independiente de un diario que le debiera millones al propio gobierno. Un gobierno relativamente liberal no me tolera como alto empleado público porque le dije al país que ese mismo gobierno me había pedido no trabajar como subalterno mío al día y administrador de un lupanar que había ayudado a uno de sus ministros a comprar votos para la elección. Me destituyó. Y yo no debía nada al gobierno. ¿Qué me daría debiéndole once millones de pesos al Estado?

No, yo soy un desterrado voluntario de mi patria. Si alguna otra vez he de poner mi planta en mi suelo, al frente de los Andes, será sin doblar la cerviz, con mi frente alta y mi espíritu erguido, como mis propios Andes.

Soneto

Ser bueno en mi sentir, es lo mío
llan
y concilia deber, altruismo y gusto
con el que pasa lejos, casi adusto
con el que viene a mí, tierno
humano

Doy la razón al triste y al insano
mal que le pese a mi pensar
(robusto)
y en vez de andar buscando
(más justo)
hago yunta con otro y soy su
(hermano)

Sin meterme a Moisés de nuevo
(ley)
doy al que pide pan, pan y puche
y el honor de salvar al mundo
(entusiasmo)

se lo dejo a los genios y a los
(reyes)
Hago, vuelvo a decir, como lo
(buey)
mutualidad de yunta y compañe

ALMAFUER

La Revelación

- ¿Qué te ha dicho la alegría,
Que vuelves tan preocupada?
—La alegría no me ha dicho
Nada.
- ¿Qué te ha dicho la ventura,
Que regresas tan callada?
—La ventura no me ha dicho
Nada.
- ¿Te ha dicho, acaso, el silencio
Que estarás enamorada?
—El silencio no me ha dicho
Nada.
- Si fué el dolor ¿qué te dijo
Que te angustió de ese modo?
—Ay de mí, el dolor me ha dicho
Todo.

LEOPOLDO LUGONES

LOS LIBROS

DE

Tancredo Pinochet

— MAS DE VEINTE —

Se están publicando en la Biblioteca de Alta Cultura

DIEZ CENTAVOS EL EJEMPLAR

y dos cts. para el franqueo.

Pídalos a EDITORIAL TODAMERICA

OBISPO 65, HABANA (CUBA)